

Bx 2186
- P3
1872



48588

Coplia All...
Biblioteca Universitaria

LICENCIAS ECLESIASTICAS.

Illmo. Sr. Vicario Capitulat:

José de la Luz Pacheco Gallardo, ante V. S. Illma. respetuosamente expone: que siendo invitado por varias personas á dar publicidad al devocionario que con el título de "CORONA CATOLICA" he escrito últimamente para la instrucción y devoción de los fieles, no quiero proceder á la expresada publicacion sin cumplir antes con lo dispuesto por el Concilio de Trento acerca de esta clase de piezas, y por lo mismo á V. S. Illma. suplico tenga la bondad de darme su superior permiso, para que prévia la censura correspondiente, pueda mi obra mencionada salir á la luz pública.

La bondad de V. S. Illma. se servirá acceder á mi pedido, que no es de malicia, etc.

México, Junio 5 de 1863.—Jose de la Luz Pacheco Gallardo.

DECRETO

Del Illmo. Sr. Vicario Capitulat.

México y Junio 5 de 1863.—Que pase á la censura del Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. José María Díez de Sollano.—Lo decretó y rubricó el señor vicario capitulat.—Una rúbrica.—Ignacio Martínez y Rojas, secretario.

012258

DICTAMEN

Del Illmo. Sr. Obispo de Leon.

Illmo. Sr. Vicario Capitular:

Estoy suficientemente cerciorado del mérito de las producciones piadosas y literarias que forman la ^{ta} *CORONA CATÓLICA* á que se refiere el anterior escrito: en consecuencia, entiendo que su publicacion será MUY UTIL para el FOMENTO de la PIEDAD CRISTIANA. Este es mi parecer, sujeto al de V. S. Illma.

México, Julio 1º de 1863.—Illmo. Sr.—Dr. *Jose María Díez de Sollano*, obispo electo de Leon.

LICENCIA.

México, Julio 2 de 1863.—Visto el dictámen que ha dado el Illmo. Sr. Dr. Sollano, se da la licencia con la calidad de que no se dé á luz sin que sea antes cotejada por el mismo Illmo. Sr. Sollano. Lo decretó y rubricó el Illmo. Sr. vicario capitular.—Una rúbrica.—*Ignacio Martínez y Rojas*, secretario.

AL SEÑOR DOCTOR

DON JOSE GUADALUPE ROMERO,

DOCTOR EN AMBOS DERECHOS,

Doctoral de la

Santa Iglesia catedral de Michoacan, Abogado de los tribunales de la nacion, Caballero de la Orden de Guadalupe, y miembro de número de la Sociedad de Geografía y Estadística.

Sr. Dr.

Os debo por la bondad con que me habeis distinguido siempre, ayudándome en todo con vuestra ilustracion y con la prudencia de vuestros consejos generosos y desieturesados, un testimonio de mi reconocimiento. La ^{ta} *CORONA CATÓLICA*, pobre produccion mía, es muy pequeña cosa para expresaros el tamaño de mi gratitud: os ruego, sin embargo, que os digneis aceptar mi libro como una prueba de que no olvido vuestros favores.

Como sacerdote del Altísimo, presentadlo á aquella dulce Madre preservada de la mancha original; á la Esposa del Espíritu Santo, que ruega por nosotros en el cielo, y la única que puede li-

bertar á nuestra infortunada patria de los terribles males que pesarian sobre ella el dia que una mentida civilizacion osara destruir nuestra UNIDAD CATOLICA.

México, Agosto 8 de 1863.

*Jose de la Luz Pacheco
Gallardo,*

¿EN DÓNDE ESTÁ
LA VERDADERA CIENCIA?

DISCURSO PRELIMINAR.

Yo no sé otra cosa que á Jesucristo,
y á Jesucristo crucificado
S. Pablo á los corintios.

LA verdadera ciencia, la única capaz de enriquecer positivamente al hombre, no es aquella que deslumbrándolo con la fatua brillantez de los progresos y de los goces materiales, lo hace descender de su alto destino: no es aquella que ciñendo de flores nuestra frente y llevando á nuestros labios el cáliz de pasajeros placeres, nos prepara para el porvenir un lecho de espinas, una noche de eternos é implacables remordimientos, de lágrimas amargas, cuando nos ha hecho olvidar nuestra mision sobre la tierra, desconocer el valor del tiempo y reemplazar á Dios con el mundo y el infierno.

La verdadera ciencia, pues, es aquella que lleva la inteligencia y el corazón mas allá del vaso deleznable que ~~la~~ guarda durante el triste ~~período~~ de la vida sobre la tierra. Es aquella que nos enseña el desprendimiento y la abnegación; es aquella que enfrena las pasiones sublevadas contra la felicidad del hombre desde que nace; es aquella, en fin, que al cerrarse nuestros párpados con el sueño de la muerte, nos abre las puertas del paraíso eterno.

¿Pero dónde encontrar el libro que contenga en sus preciosas páginas esa ciencia capaz de hacer de un mortal, aquí cercado de angustias y dolores, un sér eternamente feliz? ¿qué maestro hay que así convierta los sufrimientos en goces infinitos? ¿Tiene el mundo una escuela capaz de obrar tan asombrosa transformación, y hay séres tan desventurados que lejos de ella busquen esa felicidad que no se encuentra en otra parte? ¡Ahl tended una mirada al Gólgota, que en su cumbre conserva to-

avía dolorosos vestigios de sangre. Ese árido monte, sitio afrentoso que nadie puede mirar sin estremecerse; allí, donde hoy solo reina el silencio de la muerte, y donde la mano misma de la ingratitud retrocedió conmovida ante la prueba del mas grande, del mas sublime, del mas precioso de los sacrificios por amor, allí está el libro, allí el maestro, allí la escuela de la felicidad.

¡Qué contraste! El mundo nos presenta en sus anales, en los anales del doloroso aprendizaje á que somete al hombre para hacerlo soñar en una felicidad que no puede darle, las ruinas sangrientas de pueblos enteros, hogares desolados, lagos de lágrimas, cenizas y escombros por todas partes; recuerdos desgarradores, y muertas esperanzas; proyectos truncados por la miseria, y ensueños desvanecidos ante la realidad de tristes desengaños.

Mientras que la religion, esa religion á quien los mismos vientos que desencade-

nados hace diez y nueve siglos combatiéndola la han hecho brillar y la han afirmado mas y mas, nos presenta un solo sacrificio y una cruz. El sacrificio de un hombre Dios, que ha muerto por librarnos de la muerte; que descende del cielo para sacrificarse por nosotros; que ha pasado por los pueblos consolando al huérfano y á la viuda, sanando á los enfermos y resucitando á los muertos; que reprende al avaro y dulcifica las angustias del mendigo, perdona á sus enemigos é instruye á los ignorantes; que regenera á las naciones que yacian sepultadas entre las tinieblas del error y del vicio: que rompe, en fin, los dolorosos lazos que encadenaban al hombre con la muerte y lo hacian esclavo vil de la materia corrompida.

Tal es el modelo propuesto al hombre por la religion para hacerlo verdaderamente sabio, verdaderamente rico, verdaderamente feliz. La sabiduría del mundo seguida del prestigio efimero de lo que en

su triste lenguaje llama grandes monumentos, cubierta de oro y ceñida de laureles, no vale nada si se compara con aquella ciencia que se presenta á nuestros ojos sin mas atavíos que una modesta cruz y una corona de espinas. Sin mas guia que la fé, sostenida por la esperanza, y basada en la caridad, hé ahí la única, la verdadera ciencia que enseña al hombre el sendero de la felicidad.

Cuantos sistemas se nos ofrecen como los mas á propósito para hacer nuestro verdadero bien, no son otra cosa que la obra del orgullo; el lazo funesto arrojado á nuestros piés para hacernos presa del infierno vencido por la Cruz, y que despechado, no deja de disputarle su victoria.

El hombre que no sabe mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado, posee desde luego toda la ciencia, todos los conocimientos que la superficial y vana sabiduría del mundo nunca ha podido comprender. Aquella ha regenerado, ha sal-

vado á la humanidad, ha curado sus dolores, la ha levantado del polvo y la ha señalado el cielo para morada al fin de su carrera: ésta, por el contrario, la ha envilecido, le ha arrancado torrentes de lágrimas, la ha ahogado en profundos lagos de sangre, sin ofrecerle mas que dudas dolorosas, la desesperacion ó la helada indiferencia que seca en los ojos el tierno llanto de la compasion y en el alma la fuente preciosa de la caridad.

La ciencia de la Cruz es la única que enseñándonos á amarnos los unos á los otros, nos lleva al albergue del pobre para consolar su miseria; es la que nos acerca á la cabecera del desgraciado para curar sus dolencias y velar por él. Es la que nos habla de una eternidad feliz para el bueno, terrible para el malvado que quisiera destruirla cuando piensa en ella, temblando en medio de sus extravíos.

El mundo se burla de la Cruz; la llama con los nombres que mas pueden vilipen-

diarla, la denuncia como el mas grande obstáculo para sus adelantos. ¿Pero con qué ha podido reemplazar el mundo los beneficios de la cruz? ¿A dónde han ido á parar las sociedades, las familias, el individuo que la destierra de su seno? ¿No han retrocedido pueblos enteros á la barbarie en el acto mismo que apartándose de la cruz, el fuerte dejó de ser el apoyo del débil, el rico el bienhechor del pobre, el sabio el instructor del ignorante? ¿Pues qué! ¿desde que el mundo se entretiene con el ruidoso tráfico de grandes especulaciones, ó se aturde con el estruendo de los combates, han dejado de existir los desgraciados, los enfermos ó los desvalidos? ¿La humanidad entera ha dejado por eso de gemir y de ofrecer á nuestros ojos todos los dias el doloroso espectáculo de la miseria, de la ignorancia y del crimen? ¿En dónde están, pues, las ventajas, los beneficios que nos ofrece en cambio de los que por todas partes derrama la Cruz so-

bre nosotros? ¿Con qué ha reemplazado los consuelos al que padece, los socorros al pobre, la luz al ignorante, la rehabilitacion al culpable? ¡Bárbara ciencia! ¡fresca ciencia la que no destruyendo el infortunio, le quita su único amparo, y que sin desterrar la miseria, despedaza la única mano bienhechora que la alivia!

Tal es, sin embargo, la que el mundo ofrece como el mas rico tesoro de felicidad. Y ya que él se esfuerza en defender y propagar sus funestos errores, ¿por qué á nosotros no nos ha de ser lícito estrecharnos al árbol santo de la Cruz? ¿Por qué no asirnos á ese madero precioso para salvarnos de la borrasca que amenaza seriamente nuestro eterno porvenir? ¿Por qué no seguir las huellas adorables del Hijo de Dios hecho hombre en el seno de una Virgen para solo rescatarnos de la muerte? ¡Ah! á vosotros que llevais sobre la frente el honroso nombre de católicos; á vosotros que habeis probado en vuestro cora-

zon los tiernos sentimientos de piedad, os toca oponer el inexpugnable muro de la virtud cristiana á los rudos ataques de las pasiones enemigas de vuestro reposo. El mundo os insultará, se burlará de vosotros os rechazará como á una turba de insensatos y de enemigos; pero ¿fué el mas indulgente con nuestro Divino Maestro? "Si el mundo os aborrece, nos dice el Salvador, sed que primero me aborreció á mí que á vosotros." (San Juan, cap. 15 y 16). ¿Acas el mundo quiso conocerle; no obstante que vino á levantarlo del fango y á romper sus vergonzosas ligaduras? Sobre todo, ¿es esta nuestra patria? ¿está aquí nuestro reñado?

Tended una mirada en vuestro rededor, y nada de cuanto existe sobrevivirá á la destruccion del universo. Todo pasará como la sombra, todo será aniquilado á la sola voz del Señor en el último dia de los tiempos. Los astros en pedazos rodarán á la nada, los monumentos se hundirán en

el polvo, y el nombre de los grandes según el mundo, será cero comparado ese día con el modesto nombre de los héroes de la Cruz. En ella está la sabiduría y ella es la que conduce á los cielos.

¿Qué mérito habria en seguir una causa que hubiera aparecido en el mundo y deidad del prestigio con que éste acostumbra engalanar sus obras para seducir á los insensatos? Pero si hay heroismo en abrazar aquella que ha sido espuesa á costa del mismo Maestro, de su propia vida, humillándose hasta sufrir por nosotros el oprobio del universo.

Aparato doloroso de que el Hijo de Dios quiso rodear su obra para elevarla sobre aquellas que son efimera hechura de las manos de los hombres, y que en sí mismas llevan el principio de su disolucion.

Poseido de esta conviccion, y palpando la necesidad del cultivo de la piedad, he escrito el presente libro.

Estoy muy distante de creerme capaz de llenar los deseos de mi corazon, y apenas me atrevo á poner mi nombre al pié de estas líneas. Gustoso lo suprimiria si no tuviera que ceder al imperio de una ley.

Sin embargo, si con mi humilde produccion, que no fié á solo mis escasísimos conocimientos, sino que consulté con los teólogos mas distinguidos, sirviéndome de base en las oraciones los Libros Sagrados, que inspirados por el Espíritu Santo, fueron legados á los hombres, como la fuente preciosa de la luz y de la verdad, consigo prestar un servicio á la moral de mi patria; á la desgraciada cuanto querida generacion en que nací, que solo puede ser regenerada por el catolicismo, ya no iré al sepulcro con el corazon despedazado por el remordimiento que deja al fin la indiferencia del mal, examinada á la luz resplandeciente que alumbrá nuestra conciencia en el ocaso de la vida. Si el Altí-

simo se digna aceptar mis pobres trabajos como un homenaje que humildemente ofrezco á su gloria, y aprovechan á la sociedad en que vivo y auxilian á los que de buena fé se desvelan por encadenar los torbellinos que nos han aniquilado, y no me falta un sacerdote católico que con sus manos santificadas cierre mis ojos en mi último dia, dormiré tranquilo el sueño de los muertos, aunque venga á perseguirme hasta mi sepulcro el olvido de mis hermanos.

*José de la Luz Pacheco
Gallardo.*

NOTA.—Las instrucciones sobre el santo sacrificio de la misa, sagrada Eucaristía, confesion, ayuno é indulgencias y oracion, están escritas con consulta á San Ligorio, Ferraris, Voit y otros teólogos respetables: de ellos he conservado en algunos casos el texto literal, para guardar hasta en esto la pureza de la doctrina católica.

PRIMERA PARTE.

INSTRUCCION SOBRE LA ORACION.

Todas las cosas que pidiéreis en la oracion, creed que las recibireis y os serán concedidas.—(N. S. J. C. Evangelio de San Marcos, c. 11.)

LA ORACION es el acto por medio del cual elevamos nuestra alma á Dios para darle gracias ó para pedirle mercedes.

Es de dos maneras: MENTAL Y VOCAL.

Oracion MENTAL ó interna, es aquella que se hace no con la voz sino solo con la mente, como en la meditacion.

Oracion VOCAL es aquella que se hace manifestando á Dios con palabras *nuestro interno y piadoso deseo*. Es decir que no solo sea la expresion de los labios sino acompañando al mismo tiempo el ruego interior, el afecto del alma, porque si la